

Punta Choros: ¿Qué significa No a Dominga?

Yuri Carvajal¹

La ballena exhala ronco y lento un sonido que queda titilando en el aire salado, suspendiendo un penacho de mar a pocos metros y haciendo sentir su vibración también en mi tórax y en el de los que están a mi lado, emergiendo unos pocos metros delante de la mancha de quietud en el agua dibujada por su dorso. Navegamos entre la Isla de Chañaral y Caleta Chañaral de Aceituno en una embarcación ligera que nos lleva a avistar animales del ecosistema del borde.

Vinimos a ver de qué trata ese “No a Dominga”, una frase que casi lleva al Presidente a ser acusado constitucionalmente. Ballenas, minería, gobierno. Un nudo de conflicto actual, intrincado, pendiente.

Un proyecto minero de hierro que extraerá del cerro negro al sur de la cuenca de Los Choros y que construirá un muelle de embarque en la Punta del mismo nombre.

El primer letrero No a Dominga lo vemos en el vidrio trasero de un auto casi al empalmar desde el troncal sur con la ruta 5, a la altura de Calera. Entrando en la ruta D-110 más al norte de La Serena y yendo casi directo al Oeste por la cuenca de Los Choros, vemos letreros que dicen No a Dominga, No a CAP, señalando que no es sólo un puerto el involucrado.

Hemos visto las imágenes de una pala a vapor haciendo el puerto de San Antonio alrededor de 1916, desviando el río Maipo para dar salida al cobre de Caletones, el Teniente y Sewell. También escribimos sobre Ventanas, construido a fines de los 50 y principios de los 60. En este mismo viaje podemos ver Los Vilos asociado a Pelambres y La Herradura al mineral de El Romeral. Puertos minerales que han dejado un queloide gris sobre los ecosistemas de borde.

Mientras bajamos por la cuenca, vemos un guanaco tranquilo pastando en su territorio y un zorro chilla cruzando con su cola ploma dorada, por las laderas cubiertas de cactus, con espinas como cabelleras, que le dan un tono plumizo al entorno que se complementa con los cojines verdes de plantas de esa zona. Al llegar a la costa limpia, somos estremecidos por las rompientes luminosas de espuma llena de energía oceánica. Un pequeño muro señalando que ya ese borde es propiedad privada sigue la línea de la duna. Bajamos nuevamente y al bordear los guijarros de la orilla rompiente, tenemos un pequeño borde de acantilado amarillo anaranjado, con pequeñas cuevas que parecen talladas para albergar los más maravillosos tesoros. Unos pocos metros y llegamos a Caleta Chañaral. Aunque no es el epicentro del conflicto, llegamos aquí porque nuestros contactos trabajan en este lugar, en que los botes de los pescadores algueros - mariscadores y las casas de sus habitantes, se mezclan con cabañas de arriendo para el veraneo y las embarcaciones de pasajeros para avistamiento y buceo deportivo.

Humboldt está tres veces presente aquí. Los pingüinos que llevan su nombre son la especie que le da protección a la zona, oficializada como reserva el 3 de enero de 1990. El archipiélago de islotes también comparte esta denominación ilustrada. Comprende un manojo de islas que van desde Punta Pájaros por el Norte hasta Punta Porotos, al sur de la Higuera. Pero quizás su mayor influencia sea a través de la corriente homónima que al chocar con estos islotes permite las surgencias de aguas con abundantes elementos nutritivos y la proliferación de estos híbridos de animales fotosintéticos y la microfauna asociada: krill y copépodos. Las ballenas al fin son la presencia más rutilante. Pero hay que mencionar toninas, orcas en ocasiones, lobos de mar, lobos de dos pelos, piqueros, cormoranes, yecos, por no referir lo que esta vez no vimos: el mundo submarino.

El epicentro del movimiento contra Dominga está en el pueblo Los Choros, que es un poco mediterráneo comparado con Caleta Chañaral de Aceituno. Pasamos por allí unos 30 minutos antes de arribar y vimos un vivero, un huerto de olivos y tres murales con mucho arte y oficio, contra esta intervención

¹ Director Editor

minero industrial. Acá en Caleta hay banderas que dicen No a Dominga y también flamea el reciente emblema chango. Con orgullo nos cuentan de la sobrevivencia de las balsas de cuero de lobos en este lugar y eso nos lleva a una foto de Hans Niemeyer en los años 50 navegando en una de ellas junto al chango Robert (<https://www.ciperchile.cl/2020/09/11/reconocimiento-del-pueblo-chango-la-incomoda-aparicion-de-un-pueblo-fantasma/>). Por supuesto que este pueblo ha sido el motor del reconocimiento en el 2020 de estos cazadores recolectores del borde, como el décimo entre los originarios, después que en el censo de 2017 más de 4000 personas se hayan identificado como tales, pese a no estar entre las opciones especificadas.

Me cuesta saber qué lleva al pensamiento humano a buscar la destrucción de este sitio, de esta gente, de este ecosistema. Algo intuyó Goethe al incluir a Baucis y Filemón como las esperables víctimas de la modernización faústica. Por el contrario, entiendo exactamente lo que defienden los locales: la vitalidad de un borde, el viento elevando un pájaro, el tiempo lento y austero de la sequedad salobre, el brillo del sol sobre unas olas.

Los Choros y Caleta Chañaral de Aceituno son pequeños, infinitesimales. Ni rurales ni marginales ni salvajes. Simplemente una zona de surgencia, un ecosistema más estable que la modernidad empresarial de Mefistófeles. Un jaque emotivo e intelectual a los ajedrecistas modernos del desarrollismo.

En tiempos marcados por la incertidumbre, el efecto de los pequeños no está resuelto de antemano. Las escalas se pierden y los apasionados del antropoceno pueden ver perder en horas lo que buscaban cosechar por años. La misma división político administrativa en regiones se ve enredada por un ecosistema que las sobrepasa y las enlaza en bordes irregulares, fluctuantes y vaporosos.

Porque ésta es también, un poco más al norte, la zona de exploración de Philippi en 1853, de su Viaje al Desierto de Atacama y algo más al sur, la de Gay en 1836 en su campaña en Coquimbo. Encontramos flores clasificadas por él, de color lila que se cierran al atardecer, aunque son de la misma familia de las *oenotheras*, que se abren al atardecer y expelen un aroma encantador. La apropiación republicana del saber originario, por parte del estado nación y su formalización en la matriz moderna de la historia política y natural. La exploración actual no tiene siquiera esos ribetes heroicos. Es lisa y llanamente una faena empresarial de hacer de la vida un dominio de recursos,

destruyendo las entrañas de la tierra rica en minerales que atrae a codiciosos.

Si los universales son locales que deliran y creen poder prescindir de su carácter situado, el desarrollo como el universal básico planteado a la humanidad es delirante además en otro sentido. Tiene la pretensión de tornarse descorporizado, de prescindir de la materialidad biológica. Si no, cómo entender esa búsqueda de máximos, la mayor ganancia, la mayor extracción, el mayor tamaño. Y su contracara, el desprecio por la proporción adecuada, el tamaño correcto y por la justicia entendida casi como una justeza.

Este proyecto además de la extracción y el embarque, instalará una planta desalinizadora, para sostener su producción. Devolviendo al mar, a 700 metros de la costa y a 15 m de profundidad, la sal que se saca en el proceso, cambiando obviamente el equilibrio osmótico del lugar. Se calcula que en el momento de mayor intensidad laboral habrán diez mil personas, para estabilizarse en unas 2000. El proyecto también señala que estarán bajo régimen de campamento, para provocar la menor perturbación sobre las comunidades. La bandera esta vez no es la provisión de empleo como lo hicieron las salmoneras en Chiloé. Lo que se promete es la estanqueidad relacional del proyecto.

Dominga ya está aprobado sin cuestionamientos. En parte porque se trata de una presentación de hace varios años atrás, cuando los estándares ambientales eran muy holgados. En parte por el apoyo sistemático de los gobiernos. Pero sin duda, porque el Sistema de Evaluación Ambiental es totalmente extemporáneo para abordar las dificultades del Antropoceno.

Crear que la biogeología planetaria puede ser administrada por un mecanismo gerencial es cegarnos a una comprensión del presente. La ley de bases del ambiente nació tras la dictadura como un mecanismo de niveles y normas de contaminantes. Lo que hoy está en juego no es cuestión de parámetros de emisiones o efluentes, de concentraciones y masas. Se trata de una nueva geología en que la biología genera recursividades y efectos no lineales.

No es raro este rezago o desactualidad del sistema de gestión ambiental. En su nacimiento en 1992, ignoró palmariamente los trabajos de Callendar y Keeling sobre combustibles fósiles, CO₂ y calentamiento global, datos que tenían ya en ese momento alrededor de medio siglo de asimilación por la comunidad científica. Hoy el ministerio de medio ambiente está preocupado

del cambio climático, pero al buscar en su sitio la expresión antropoceno encontramos cero resultados, a 21 años del inicio de este debate por parte del Nobel Paul Crutzen y del paleontólogo Eugen Stoermer.

Entregamos un ejemplar de Cuadernos dedicado a Catemu a Gabriela, maestra jubilada y del comité de agua del lugar de la comunidad, la dueña del lugar en que pasamos la noche. Me pide que se lo dé porque quiere hacer fotocopias. Le entrego los ejemplares con que Jocelyn cargó mi mochila antes del viaje. Los recibe con una sonrisa y pienso en el gesto de distancia que las personas hacen cuando se les ofrece el volante de algún candidato. Imagino que Cuadernos tiene un olor distinto que se percibe en sus proximidades.

Pienso y quedamos convencidos de que el próximo número en que publicaremos esta nota debemos entregarlo presencialmente en Punta de Choros.

CEAZA

El Centro de Estudios Avanzados en Zonas Áridas como señala su sitio web www.ceaza.cl es un Centro Regional de Investigación Científica y Tecnológica, de la Región de Coquimbo.

Se funda el 2003, tras el Segundo Concurso de Creación de Unidades Regionales de Desarrollo Científico y Tecnológico, y gracias al proyecto conjunto de la Universidad de La Serena (ULS), la Universidad Católica del Norte (UCN) y

el Instituto de Investigaciones Agropecuarias (INIA-Intihuasi); junto con el financiamiento de CONICYT y el Gobierno Regional de Coquimbo (GORE Coquimbo).

Está compuesto por casi medio centenar de científicos, apoyados en diversas áreas por un equipo de profesionales y técnicos, que en total suman más de un centenar de personas.

Sus instalaciones se encuentran en el Campus Andrés Bello de la Universidad de La Serena (ULS), en el Campus Guayacán de la Universidad Católica del Norte (UCN). Además cuenta con oficinas en la Av. Ossandón 877, Coquimbo.

A partir de junio del 2008, el Centro obtiene su personalidad jurídica como corporación de derecho privado sin fines de lucro.

Encontramos la presencia de este centro a lo ancho de la región con proyectos de trabajo en glaciares, climatología, botánica, ecología. El centro realiza además actividades de ciencia ciudadana vinculados con humedales, registro de precipitaciones y promoción del cultivo de quinoa.

Pero también CEAZA tiene presencia en Caleta Chañaral de Aceituno, en Atacama, a través de su trabajo en ecosistemas marinos, ya que los bordes regionales han sido pensados desde una lógica política y administrativa que no considera la biosfera.

Destacamos este centro por su intensa vinculación ciudadana y la integralidad de sus propósitos.